

El economista latinoamericano y su tarea actual

PEDRO VUSKOVIC*

NUESTRA RESPONSABILIDAD DE HOY

En estos días coinciden diversas iniciativas que reúnen y buscan acrecentar el trabajo colectivo de economistas de las naciones subdesarrolladas. Este mismo Cuarto Congreso de los economistas mexicanos tiene lugar inmediatamente después de concluido el Segundo Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo.

Sin duda, hay en todas estas iniciativas un elemento común, un sentimiento generalizado de preocupación coincidente, se haga o no explícito; se incluya o no, como tal, en los temarios específicos.

Es la percepción, que cada vez golpea con más fuerza nuestras conciencias, de que no estamos cumpliendo cabalmente con nuestro compromiso social, de que no estamos aportando —desde nuestra doble responsabilidad de profesionales y de ciudadanos de ese llamado Tercer Mundo— lo que nuestros pueblos necesitan y tienen el derecho a reclamar de nosotros.

Porque hoy día, respecto de varios de nuestros países, es ostensible cómo, en nombre de unos “principios económicos”, de una supuesta “ciencia económica”, se están desconociendo como nunca valores nacionales fundamentales y se están imponiendo a muchos de nuestros pueblos penurias extremas.

Y respecto de otros países, donde la movilización alerta de la conciencia nacional ha tenido éxito en atenuar o contener el avasallamiento, están abiertos grandes signos de interrogación sobre los caminos del futuro. Aún en ellos, es constante la presión ideológica de aquellos postulados de la dominación, y son permanentes los riesgos de la intervención indebida, incluso bajo las formas más descaradas de la agresión económica.

* Del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México. Conferencia pronunciada en la sesión plenaria inaugural del Cuarto Congreso Nacional de Economistas, celebrado en Guadalajara, Jalisco, del 6 al 9 de mayo de 1981. El título es de la Redacción de *Comercio Exterior*.

Mirados en perspectiva, los avances de nuestra habilitación científica, profesional, técnica, son sin duda considerables. Se han forjado en nuestro medio economistas, científicos sociales, de alta jerarquía. Más de una contribución significativa han hecho los economistas latinoamericanos a la evolución general del pensamiento económico. No son ajenas a nuestro conocimiento las elaboraciones más adelantadas, y aun las más elaboradas, que surgen en los grandes centros académicos del capitalismo desarrollado; ni las técnicas renovadas de la investigación social con la sustentación de las computadoras. En campos determinados, algunos de los nuestros no sólo han aprendido, sino que tienen más de algo que enseñar.

Pero en la misma perspectiva, debemos reconocer que, no obstante tales avances, no obstante muchos éxitos parciales, todavía estamos perdiendo la batalla global. No logramos oponer a la ideología económica de la dominación un cuerpo equivalente, con el signo contrario correspondiente, de formulaciones económicas de la liberación. Somos testigos, desde una posición todavía de excesiva pasividad, de la resurrección de viejos postulados que pretenden tener hoy, en plena fase de capitalismo monopolista de Estado, una validez que ni siquiera alcanzaron en la fase competitiva del capitalismo.

Estamos ciertos de su equivocación intencionada, de su condición de servicio intelectual a un sistema de dominación y privilegio que busca preservarse por todos los medios. Pero hasta ahora, la eficacia de nuestra respuesta se queda más en la crítica y en la denuncia que en formular una propuesta diferente. No nos quejemos, pues, si a la hora de identificar el sentido de los grandes debates actuales tenemos que reconocerlo centrado en las diferencias menores entre las posiciones más desembozadamente reaccionarias, con un Milton Friedman a la cabeza, y algún otro economista del “sistema” un poco más progresista.

Ni nos sorprendamos tampoco de que en nuestro propio medio haya algunos que no puedan resistir la seducción de una ideología económica cuya esencia antinacional y anti-popular queda encubierta por el rigor formal de unas abstracciones en lo fundamental ajenas a la realidad concreta. Son las víctimas de buena fe de esa presión ideológica

constante. Porque hay otros que no lo son por la misma razón; que saben muy bien qué intereses están verdaderamente en juego: son los cipayos de la economía, en estos tiempos tan numerosos en países del cono sur latinoamericano, con las insignias de Chicago en la solapa y bien resguardados por las bayonetas militares.

Inútil, e ingenuo, subestimar su fuerza allí donde la están ejerciendo con la violencia conocida. Pero sería también erróneo que la subestimáramos donde no han logrado las mismas posiciones de poder; porque no renuncian a alcanzarlas, siguen empeñados desde dentro y desde fuera en extender la aplicación de las mismas políticas, como parte de un requerimiento global, que consideran indispensable en todo sitio donde siga imperando el sistema capitalista, desarrollado o dependiente.

Recae pues, sobre nosotros, la responsabilidad insoslayable de proponer las respuestas, de configurar otra solución.

LA RESPONSABILIDAD PARTICULAR DE LOS LATINOAMERICANOS

Una responsabilidad, además, que recae muy particularmente sobre los economistas de América Latina.

Porque no son tan lejanos los tiempos cuando imperaba aquella otra imagen, tan distinta, de que se construía sólidamente un pensamiento económico latinoamericano; cuando había toda una elaboración en proceso que levantaba las banderas de la industrialización sustitutiva como camino eficaz de desarrollo económico y de avance político hacia formas más democráticas, y se deducían de ella normas de acción y definiciones de política económica; cuando el “estructuralismo” parecía arrinconar al “monetarismo” y lo hacía sinónimo de reacción y de subordinación; cuando se construían las tesis de la dependencia y se reconocía en ellas una contribución genuinamente latinoamericana al desarrollo universal de las ciencias sociales; cuando muy pocos se atrevían a defender abiertamente los privilegios para el capital extranjero, la impunidad para los grandes monopolios, o a oponerse a la reforma agraria y al conjunto de las llamadas “reformas estructurales”. Cuando, desde la propia institucionalidad internacional, surgía una comisión económica regional —la CEPAL de aquel entonces— que se hacía cargo de expresar convicciones y aspiraciones que encontraban gran eco en los pueblos latinoamericanos y simbolizaban la fuerza de nuevas concepciones técnicas. Cuando el gran debate no era entre avance y reacción, sino entre distintos entendimientos del avance, con las preferencias diferenciadas entre avanzar con los instrumentos del reformismo o con los cambios revolucionarios. Cuando, sobre todo en los países del sur, florecían centros académicos que desbordaban en su reclamo de libertad y en su creatividad los límites estrictos del sistema social en el que estaban insertos. Los tiempos, también, en que Cuba iniciaba el proceso de su reconstrucción revolucionaria en camino de constituirse en la primera sociedad socialista de América, con la expectativa de que otros pueblos de la región abrirían prontamente su marcha por senderos similares.

La situación de hoy es otra. Las promesas cepalinas de la

industrialización sustitutiva están cumplidas apenas parcialmente en los índices cuantitativos de los grandes agregados; pero, sobre todo, están contradichas por la dependencia acrecentada, por la incapacidad comprobada de que pudiera llevar a unas dinámicas propias de crecimiento, por las insuficiencias ocupacionales, la extensión de la marginalidad, los gigantescos bolsones de desempleo y de miseria prevalecientes. Toda una capa de dirigentes latinoamericanos no actúa ya, como entonces, con la seguridad, con la convicción íntima de estar colocados en una senda efectiva de desarrollo, que superaría gradual pero persistentemente las insuficiencias y las injusticias más flagrantes. Ahora, es la incertidumbre, la incomodidad de no poder invocar las mismas postulaciones “desarrollistas” de entonces, la intuición de que hay que encontrar caminos nuevos antes de que se impongan los de la reacción.

Las viejas fórmulas monetaristas, desempolvadas y apenas remozadas, cobran revancha de lo que consideraron insolencia estructuralista que a la postre no fue capaz de mostrar eficacia. Y no hay ahora una sede central de la CEPAL —adormecida, esterilizada y sometida como está en su radicación en un suelo chileno transitoriamente ajeno bajo la dictadura— para defender sus anteriores creaciones o sustituirlas por otras actualizadas. Los planteamientos sobre dependencia reclaman una ponderación mayor para las consideraciones complementarias sobre las contradicciones internas y las luchas de clases consecuentes; y requieren nuevas dimensiones que se correspondan con las tendencias más recientes de internacionalización de la vida económica del capitalismo. En contraste con tales requerimientos, las dictaduras entronizadas en tantos países de la región intervienen las universidades, prohíben la investigación social, persiguen a científicos y académicos, buscando con ello imponer unos retrocesos que serían de dimensión inimaginable si no hubiera mediado la actitud de México para hacerse cargo de preservar lo que aquéllas quieren destruir. Entretanto, durante más de veinte años, después del triunfo de la Revolución cubana hubo fracasos y derrotas muy dramáticos, hasta que el triunfo sandinista de Nicaragua vino a reabrir la expectativa de la revolución exitosa.

Distinta situación a la que hay que responder hoy día. No cabe subestimarla refugiándonos en la comprobación de que, a pesar de todo, los indicadores cuantitativos siguen mostrando aumentos de los niveles globales de las principales categorías macroeconómicas.

LA IDEOLOGIA DEL INDIVIDUALISMO Y EL PRIVILEGIO

No la entendamos tampoco como circunscrita a sus expresiones estrictamente económicas. Hoy día está en juego mucho más que unas formas de organización de la producción y de distribución de unos productos materiales. Están de por medio valores muy profundos, que definen el conjunto de la organización y de las relaciones sociales. Se trata de la generosidad o el egoísmo; de la convivencia humana o de la más feroz competencia individual; de la sociedad solidaria o del individualismo exacerbado. Porque, en efecto, lo que está hoy en boga, bajo el símbolo personificado del pensamiento de Milton Friedman, es la ideología más des-

carnada del individualismo. Pero también —y esto es muy importante— no con las reglas de una lucha individual generalizada, sino con la trampa de unas reglas que la circunscriben a la competencia individual de unos cuantos: unas capas dominantes cuyos miembros compiten entre sí por las cuotas de beneficios que pueden obtener de la explotación de los dominados.

Individualismo y privilegio, como rasgos fundamentales de esta ideología económica, y más que económica, que se impone hoy en tantos sitios y a la que no oponemos, todavía, unas “ideas-fuerza” comparables.

Es difícil describir hasta dónde puede llevar tal “ideología” a una organización social determinada. Chile, por ejemplo, aparece hoy como un verdadero laboratorio para la experimentación social con ese signo funesto. Casi todos los medios de comunicación accesibles al pueblo chileno están volcados a difundir esa ideología de la competencia individual; la educación y la salud, que por tantos decenios fueron consideradas como una responsabilidad social, están ahora constituidas en problema personal, desde el punto de vista de su demanda, y en negocio privado, en lo que atañe a su provisión; la seguridad social, la supervivencia en la invalidez y en la vejez, ahora son objeto de una supuesta “preferencia del consumidor”, entre el gasto inmediato de unos ingresos que para la gran mayoría no cubren las necesidades más vitales, o el depósito de parte de ellos en unas empresas financieras privadas que pagarían aquellas cuotas de supervivencia en un futuro incierto, según unas tablas actuariales que bien podrían ser también objeto de competencia.

Y como complemento de esa prédica, la acción directa consecuente: la privatización de los centros de salud, los altos costos de los servicios educativos, la clausura en las universidades de las carreras que tienen más significación social y la reducción tecnocrática de otras, desde luego de la economía.

Por cierto, ese conjunto de individuos en competencia personal, que rehúsa considerarse como una sociedad, no puede incluir sino a una fracción de las poblaciones nacionales correspondientes. La gran mayoría no tiene posibilidad ni oportunidad de “competir”; mucho menos el campesino al que se le arrebató sus tierras, porque las transnacionales aseguran una eficiencia productiva agrícola que no puede asegurar el pequeño productor; mucho menos el obrero que perdió su empleo, bajo la restructuración industrial que se impone según el nuevo lema proclamado: “que perezcan los ineficientes”, acabando con aranceles y toda forma de protección que incomode a los capitales y a los productos extranjeros.

Individualismo y privilegio se asocian así de modo indisoluble. Sólo en el privilegio impuesto sobre los más, puede sustentarse la competencia individual de los menos; estos últimos, en fin de cuentas, paradójicamente, solidarios entre ellos, con la solidaridad de los explotadores frente a los explotados. Basta releer a Friedman, a las ilustraciones que propone en defensa de su entendimiento de la “libertad”, para comprobar esa condición inherente de privilegio: habla de cómo es atropello a una libertad esencial el control de divisas que en una época prohibía a un ciudadano de la Gran

Bretaña pasar vacaciones en Estados Unidos; o la negativa de autorización a ciudadanos norteamericanos para pasar sus vacaciones en Rusia; o la obligación impuesta a ciudadanos de Estados Unidos de dedicar 10% de sus ingresos a adquirir un tipo especial de contrato de retiro administrado por el gobierno. ¡Habría que preguntar a los millones de trabajadores latinoamericanos si para ellos tendría sentido alguno este tipo de limitaciones a la libertad individual!

Individualismo y privilegio, a los que se agrega como complemento natural e imprescindible el cinismo, la hipocresía. Porque hay demasiada inteligencia puesta en aquellas elaboraciones ideológicas como para que sus propulsores pudieran ignorar cuánto hay de falso en su sustentación. En nombre del mercado y la libre competencia, se favorecen las condiciones para una concentración extrema del capital, agudizando al máximo la concentración monopólica. Se invoca la “libertad económica” como requisito para la libertad política; pero en los hechos, las políticas económicas que imponen sólo pueden sostenerse bajo el autoritarismo político, la persecución y la represión permanentes. Se piden sacrificios mayores a las masas trabajadoras como “costos sociales” de unos procesos de reconstrucción económica, de redefinición de las estructuras productivas, con la promesa de que tales sacrificios serán transitorios y recibirán su compensación en el futuro; pero, de hecho, los esquemas que se imponen involucran la sobreexplotación del trabajo asalariado, y los sacrificios se constituyen así en una constante sin horizontes de tiempo previsible.

EL DESAFÍO

Todo esto es bien conocido. Es también evidente la respuesta de resistencia y de lucha popular en contra de la imposición de tales políticas. Lo que no está presente en dimensión comparable es la respuesta nuestra, en el plano de la crítica científica y de otras propuestas sustitutivas con capacidad equivalente de irradiación.

Desde un punto de vista latinoamericano, nacional, progresista, incluso revolucionario, es ostensible hoy día la ausencia de unas ideas-fuerza capaces de contrarrestar aquellas tendencias regresivas.

Lo cual encierra para nosotros, como economistas latinoamericanos, un desafío ineludible.

Hay que defenderse del contagio de ese individualismo y ese cinismo que se nos transmite con tanta insistencia, con tantos recursos, y con no poca eficacia. Hay que recuperar la capacidad para visualizar y proponer fórmulas sociales más humanas. No hay por qué renunciar ni siquiera a la utopía. Hay que levantar nuevas banderas que motiven y movilicen a las nuevas generaciones de jóvenes latinoamericanos.

En ese empeño, hay que superar todo sentimiento de desesperanza o de derrota; hay que defender con intransigencia lo que es fundamental defender. Hay que evitar las trampas de la alambicación y la mistificación; identificar y sostener las verdades más simples, las más sencillas, y a la vez esenciales; llamar a las cosas por su nombre, sin concesiones gratuitas.

Es, tal vez, la actitud que nos resulta necesaria para enfrentarnos a ese desafío que no puede rehuírse. Un desafío global cuyos alcances y límites no podríamos siquiera definir ahora con exactitud. Pero sí podemos, al menos, de inmediato, identificar algunos de sus componentes parciales, con los cuales ir construyendo esa respuesta global pendiente.

No sería difícil encontrar en la evolución social de América Latina en los últimos decenios y en sus tendencias actuales, en lo que han sido nuestras aportaciones y en las insuficiencias de las mismas, en las incertidumbres con que con frecuencia concurríamos ante los foros del debate internacional, unas cuantas áreas de problemas que reclaman contribuciones mayores que las que hemos dado hasta ahora. Por ejemplo, podrían puntualizarse, como ejercicio de construcción de una suerte de temario para nuestros esfuerzos próximos, cinco desafíos, cinco grandes tareas planteadas hoy al pensamiento económico latinoamericano y, de modo más general, al pensamiento económico en el mundo subdesarrollado: sobre los límites y costos sociales del capitalismo dependiente; sobre nuevas opciones y patrones mejores de desarrollo; sobre los contenidos de un verdadero nuevo orden económico internacional; sobre los problemas económicos de la transición al socialismo, y sobre los mecanismos actuales de la agresión económica y los programas de "desestabilización".

Tal señalización no implica subestimar la necesidad de profundizar en aspectos más específicos muy importantes. Con frecuencia se resiste, explicablemente, la excesiva generalización, la globalidad, mientras nos enfrentamos cada día a cuestiones concretas que reclaman más eficacia, una dedicación más especializada. Hoy día, sin embargo, podríamos incurrir en grave riesgo si, atendiendo —como hay que hacerlo— a esas áreas específicas, no avanzáramos simultáneamente en los esfuerzos de comprensión global, de la perspectiva global que determina y condiciona tales áreas concretas.

LOS LÍMITES Y COSTOS DEL CAPITALISMO DEPENDIENTE

Es necesario profundizar en el tema de los límites y los costos sociales del capitalismo dependiente, porque los entendimientos predominantes al respecto en América Latina han venido cambiando, y desembocan hoy en una condición de mayor incertidumbre, de más controversia, de mayor inseguridad, que en fases anteriores.

Hubo, en efecto, la etapa en que predominaba la certeza, y para muchos la esperanza, de un largo destino latinoamericano en el camino ascendente de un desarrollo capitalista, que se acompañaría, además, de disminución persistente de las desigualdades e injusticias y de fortalecimiento constante de las expresiones democráticas de la vida social. En su esencia, la concepción "cepalina" (de la CEPAL de los años cincuenta) de esa suerte de "círculo virtuoso del crecimiento" a partir de la industrialización sustitutiva.

Cuando tales tendencias parecieron apuntar al estancamiento, pasaron a predominar formulaciones que sugerían límites próximos del sistema, incapacidad temprana del capi-

talismo dependiente para dar continuidad al desarrollo de las fuerzas productivas. Y la opción, por tanto, entre estancamiento, ausencia de desarrollo, con contradicciones sociales agudizadas, o transformación revolucionaria.

La realidad económica, sin embargo, siguió exhibiendo expansiones cuantitativas importantes e incluso cambios no desdeñables en las estructuras económicas. Nuevas formas de articulación dependiente con el exterior abrieron entretanto otras posibilidades que supuestamente venían a romper el círculo de hierro del estrangulamiento externo, conformado en el curso de la industrialización sustitutiva. Pero con la comprobación simultánea de que tales expansiones globales no atenuaban la dependencia, ni la desigualdad, ni las grandes injusticias sociales, sino que, por el contrario, éstas tendían a exacerbarse.

La pujanza indudable del desarrollo capitalista de Brasil y, al mismo tiempo, sus efectos perniciosos sobre la situación social y la condición de vida de amplias masas de los trabajadores brasileños, se constituían en un símbolo de cómo el capitalismo dependiente extendía los límites de su viabilidad, a la par que acentuaba los costos sociales de su preservación.

La opción que parece configurarse es, por tanto, también otra: o ruptura del sistema y transformación revolucionaria, o nuevos horizontes dinámicos de un capitalismo dependiente que involucre formas más profundas de dependencia, sacrificios sociales mayores y evolución política hacia regímenes necesariamente más autoritarios y represivos.

Es ciertamente muy importante dilucidar hasta dónde son válidas unas hipótesis esquemáticas como las enunciadas, o qué factores podrían modificarlas significativamente.

NUEVAS OPCIONES Y PATRONES DE DESARROLLO

En cualquier caso, las respuestas necesarias no se circunscriben a la viabilidad, potencialidad o necesidad de determinado sistema social. La misma experiencia del desarrollo latinoamericano identifica opciones que no se resuelven automáticamente en la denuncia de un sistema y la preconización de otro.

Es notorio cómo coinciden hoy día los "diagnósticos" sobre los problemas del mundo subdesarrollado en la inviabilidad de los patrones y estrategias globales de desarrollo que en las últimas décadas alimentaron sus expectativas y orientaron sus políticas. Ya se trate de los planteamientos más abstractos sobre "la calidad de la vida"; de las sugerencias todavía difusas sobre "otro desarrollo" y los "estilos de desarrollo"; de los reconocimientos de las situaciones de "extrema pobreza" y la jerarquización de objetivos en términos de "necesidades básicas"; de la insistencia en la necesidad de un "nuevo orden económico internacional"; de la invocación de las "fuerzas propias"; el "desarrollo autoconcentrado" y la "autonomía colectiva", y aun de la convocatoria abierta a una transformación revolucionaria de la sociedad, en dirección definitivamente socialista; en todos los casos, lo que está siempre presente es ese elemento de comprobación y convicción de que se agotan unos esquemas

del pasado y son imperiosas nuevas definiciones para el futuro.

Si hay coincidencia en esa conclusión global de los diagnósticos, las respuestas, en cambio, se diferencian fundamentalmente.

En unos casos, de sello reaccionario extremo, se atribuyen los males de hoy a una suerte de “sobredimensionamiento de las conquistas sociales”; se llama, en consecuencia, a “poner las cosas en su lugar”, a “volver a la realidad” y restablecer la capacidad de acumulación del sistema mediante la anulación o encogimiento de aquellas conquistas que se califican de “excesivas”. Se pide a las grandes masas de la población trabajadora, entonces, que acepten los “costos sociales”, los “sacrificios transitorios” que involucran tales retrocesos. Esa prédica busca igualmente sugerir el fracaso de las “aventuras intervencionistas” y sustentar la necesidad de “restablecer el imperio del mercado”.

Otras versiones menos crudas, de apariencia progresista aunque de fondo igualmente reaccionario, pretenden circunscribir la legitimidad de las demandas sociales a los mínimos de sobrevivencia, reduciendo a los términos más limitativos los conceptos de “necesidades básicas” y sugiriendo que el sistema es perfectamente capaz de resolverlas siempre que no se entorpezcan sus procesos “espontáneos” de internacionalización. La fuerza y la eficacia de las grandes empresas transnacionales y el poder de algunas grandes entidades financieras internacionales, ofrecen respaldo y se constituyen en aval de proposiciones de esta índole.

En otra dirección, son patentes los esfuerzos por responder a la crisis con una actualización y remozamiento de los viejos proyectos reformistas, empeñados por todos los medios en imaginar formas y vías para reformular proposiciones que todavía pudieran representar salidas eficaces, de modo que no desborden los límites del sistema ni demanden para su preservación el arrasamiento de todo proceso democrático.

Entre las primeras formulaciones y las últimas, suele quedar un campo difuso en el que se confunden el lenguaje y los conceptos, o adquieren significaciones ambiguas proposiciones que, con una misma formulación, sugieren entendimientos distintos y hasta contradictorios. Así ocurre con el carácter equívoco que suelen asumir las demandas y propuestas sobre el nuevo orden económico internacional, o con las referencias y apelaciones a la “comunidad de intereses” en los ámbitos internos o en los de las relaciones entre naciones.

Y más allá de unas y otras de aquellas proposiciones, están las que de modo general se corresponden con las que desde fines de la década de los cincuenta proclamó la Revolución cubana, las que han enarbolado movimientos populares y revolucionarios, y las que hoy día buscan abrirse paso en el proceso de reconstrucción de Nicaragua.

En el conjunto de estas posiciones, en lo que tengan de coincidentes o de contradictorias, es patente la ausencia de una visión estratégica que guarde coherencia con la diversidad y profundidad de los problemas que han llegado a conformarse. A las exigencias que ello involucra no escapan tampoco las proposiciones que parten de la condición básica

de una transformación revolucionaria de la sociedad: se espera que la propuesta de socialización de la propiedad de los medios de producción se acompañe de un “proyecto” también más preciso sobre el sentido de la nueva organización socialista, y sobre la forma en que se resolverían en ella los problemas del presente.

Se perfilan así las que pudieran considerarse como las grandes opciones actuales del desarrollo latinoamericano. No sólo en su sentido global y con relación a los atributos esenciales del sistema social correspondiente, sino en los contenidos más particularizados de respuesta a los hechos inmediatos y a los grandes problemas acumulados.

Es preciso partir de la definición más elemental, la que tiene que ver con los “destinatarios” del desarrollo. Porque después de una experiencia ya larga de concentración y marginación, de desigualdades sociales crecientes, de conformación de unas capacidades productivas que responden a las demandas de segmentos minoritarios de las poblaciones que se apropian proporciones muy altas del ingreso total, cualquier visión de futuro — y en verdad, cualquier política del presente— tiene que responder a esta primera opción fundamental: o la profundización de las tendencias pretéritas, de modo que una concentración aun más aguda se constituya en fuente adicional de acumulación y expansión, con la promesa de que supuestamente podrían, así, compensarse más tarde los sacrificios de hoy; o una reversión sustantiva de tales tendencias, que redefina objetivos y proponga, en consonancia con ellos, nuevos programas de crecimiento, otras modalidades de estructuras productivas, otros patrones de vida y consumo para el conjunto de la sociedad, y nuevas determinaciones respecto de los problemas de desocupación y subempleo.

En breve: para toda la sociedad o para un pedazo de ella. Esta opción se relaciona principalmente con factores internos y a ella seguiría una segunda, también muy relevante, referida más bien a los elementos externos, al sistema de relaciones económicas externas y a los términos de inserción de América Latina en la economía mundial. En lo esencial, la opción entre mayor autonomía o mayor integración exterior del desarrollo latinoamericano: o la recuperación de un ámbito más amplio de independencia de los desarrollos nacionales frente a la dominación económica externa, o la integración plena (y subordinada, desde luego) a los centros capitalistas dominantes en los marcos del acelerado proceso de “internacionalización” actualmente en marcha.

Otra área de opciones, manifiesta también muy claramente en los últimos tiempos, tiene que ver con las estructuras productivas que se conforman en el proceso de crecimiento económico, o que se busca favorecer mediante los criterios de conducción de la política económica: las proporciones, equilibrios y relaciones entre los diversos sectores y ramas de la producción. Su expresión más elocuente radica en las opciones de prioridad y jerarquía entre el desarrollo agrícola y el desarrollo industrial; tómesese en cuenta, sin embargo, que una discusión sistemática en esos términos llevaría a hacerse cargo de las controversias no sólo sobre la industrialización sustitutiva como eje central del desarrollo, sino también sobre las proporciones entre los sectores de servicios y los de la producción material, o entre los bienes de consumo y los

bienes de capital, que han llegado a ser características de las estructuras económicas latinoamericanas.

Por último, así como tienden a polarizarse grandes opciones sociales en su contenido sustantivo, tienden a marcarse también opciones diferenciadas acerca de cómo encarar la superación de la crisis y la futura evolución en lo que concierne a los términos de la conducción económica; es decir, las opciones de “mercado” o “plan”, de “liberalismo” o “dirección” de la economía. Con sus contenidos, en cada caso, de postulados teóricos, de formulaciones de política económica y de proposiciones de acción práctica.

Es innecesario un empeño mayor para demostrar que al menos estas cuatro áreas de grandes opciones sociales se corresponden hoy día con lo que constituyen los temas dominantes de preocupación y controversia en América Latina.

LOS CONTENIDOS DE UN NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL

Hay que hablar, también, como otra área de tareas desafiantes que tenemos ante nosotros, de un entendimiento definitorio sobre los contenidos de un nuevo orden económico internacional.

Un tema, en verdad fundamental, que ha demostrado ser particularmente propicio a la confusión, la inconsecuencia, incluso la manipulación engañosa. Indispensable, por lo mismo, reconsiderarlo en los términos más descarnados, sin concesión gratuita a cualquier consideración que no sea rigurosamente exacta.

En ese sentido y con tal actitud, aparecería reiterada una y otra vez esa disociación que ha sido tan característica entre unos diagnósticos acertados en la identificación frecuentemente dramática de los problemas y de sus verdaderas dimensiones, y la insuficiencia tan manifiesta de las propuestas para superarlos. En los primeros, se apunta por lo general a cuestiones muy de fondo; en las últimas, pareciera reducirse la discusión a aquello que presumiblemente —y todavía según apreciación hipotética— podría ser resuelto con relativa facilidad en la mesa inmediata de negociaciones. El resultado, según se ha visto hasta ahora, ha sido la conformación de un temario del debate internacional ya rutinario, en el cual se superponen unas fórmulas a otras como si fuera problema de artificios aritméticos, y en definitiva no se avanza casi nada.

No obstante, ocurre mucho en el plano de la realidad concreta. Porque mientras se frustran las negociaciones, un nuevo orden económico internacional se impone de hecho, bajo la égida de las transnacionales y los grandes intereses que éstas expresan. Sería grave ingenuidad de parte nuestra no entenderlo así; por ejemplo, pensar que el “redespliegue industrial” es concesión que se hace a la vieja aspiración del mundo subdesarrollado de diversificar sus exportaciones y llegar con sus productos industriales al mercado mundial, en lugar de verlo como lo que es: manifestación de un proceso profundo de internacionalización de la vida económica del capitalismo, en cuya base está la sobreexplotación del trabajo asalariado de nuestros países para configurar nuevos patrones

de acumulación capitalista mundial. Como haríamos mal en asimilar siquiera la nueva terminología que se nos sugiere: la expresión “interdependencia”, en lugar de denunciar la naturaleza esencial de dependencia profundizada que involucra ese proceso.

No carecemos de responsabilidad en la aceptación al menos implícita de incongruencias ostensibles en este campo. Participamos con frecuencia de los diagnósticos que alarman sobre la extraordinaria incidencia que ha llegado a tener el servicio de la deuda externa acumulada y su relación con los ingresos corrientes de nuestras exportaciones; pero, a la vez, nos sumamos a la demanda de nuevas corrientes de financiamiento externo cuyo resultado es elevar constantemente esos niveles de endeudamiento. Rehuímos el problema, o nos vamos por las ramas. Nos falta la audacia intelectual —no gratuita, sino sólidamente fundada— de ese maestro de muchas generaciones de estudiantes mexicanos de economía que, desde una posición conservadora, nada revolucionaria, nos sorprende de pronto con la afirmación razonada de que la deuda acumulada por el Tercer Mundo no sólo es impagable, sino además incobrable. Entre otras razones, porque su cancelación supondría que los grandes países acreedores sostuvieran durante el tiempo necesario unos excedentes de importación considerables; es decir, que compraran más de lo que vendiesen, situación que difícilmente soportarían esas economías. A menos que pagáramos esa deuda transfiriendo propiedad de activos nacionales, en un proceso gigantesco de desnacionalización de las economías nacionales.

Colocadas así las cosas, en estos términos, tal vez no apareceríamos favoreciendo formalmente el “diálogo”. Pero estaríamos más cerca de la realidad; y en definitiva, no podemos modificar esa realidad con fórmulas de cortesía, sino buscando responder a los problemas tal como son, sin ocultamientos ni autoengaños.

LOS PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA TRANSICION AL SOCIALISMO

En otro orden de cosas, no se justifica hoy día, ya sea como responsabilidad científica o como cuestión de interés inmediato, la insuficiencia de dedicación en nuestros medios académicos latinoamericanos al análisis de los problemas económicos de la transición al socialismo.

Hay una obligación pendiente de asignar a ese análisis una atención y unos esfuerzos mucho mayores y sistemáticos, motivados cuando menos por tres circunstancias: 1) por la ausencia que se registra hasta ahora de un esfuerzo suficiente para recoger objetivamente las experiencias de procesos de transformación —exitosos y derrotados— que han tenido lugar en la propia región latinoamericana; 2) por el valor que pueden tener investigaciones de esa naturaleza para nuevas situaciones latinoamericanas que se enfrentan a problemas similares, como ocurre actualmente con la conducción de la transformación y reconstrucción económica de Nicaragua, y 3) por las enseñanzas que pueden derivar de esos procesos para otras situaciones latinoamericanas que si bien no llegan a configurarse como procesos de tránsito en la perspectiva de una transformación socialista, se enfrentan a interrogantes comparables ante el agotamiento de lo que han sido los

patrones predominantes de desarrollo económico en los últimos decenios.

Razones suficientes para destacar el tema entre las principales tareas pendientes, tanto en el plano teórico-conceptual, el de la "teoría de la transición", como en el del análisis de las experiencias concretas y las múltiples sugerencias que de ellas derivan. En relación a lo primero, para tratar de recuperar, en una visión actualizada, las contribuciones y polémicas que han tenido lugar en el curso de los procesos de transformación socialista, así como las formulaciones y controversias históricamente más próximas, incluidas las que acompañaron al proceso de la Revolución cubana. En relación a lo segundo, para recoger un número significativo de experiencias nacionales, en particular las que corresponden a procesos latinoamericanos o a otros similares por sus características principales.

Como quiera que se orienten estos esfuerzos, lo más importante es definir una actitud, en el sentido de que los problemas de la transición no se sigan considerando como algo ajeno al presente latinoamericano, sino como área legítima de interés y preocupación actuales.

LOS MECANISMOS DE AGRESION ECONOMICA; LA DESESTABILIZACION

No hemos prestado, hasta ahora, suficiente atención al análisis y denuncia de una diversidad de formas de agresión económica que se sustentan en las relaciones de dominación y dependencia. Sin embargo, la expresión "desestabilización económica" se ha incorporado de hecho al lenguaje de uso común, legitimada en el plano de la acción y de la intervención política como forma de oposición a proyectos de transformaciones sociales internas o de afirmación de la independencia económica nacional, ante la tolerancia de la opinión internacional.

Los "programas" de esa naturaleza que se han puesto en práctica en América Latina son numerosos, y sus propósitos han sido diversos. En algunos casos, han tenido más que nada una intención disuasiva, de advertencia y amenaza, para llevar al país de que se trate a renunciar a determinados propósitos u orientaciones. En otros, han buscado alentar y estimular cambios políticos, utilizando las presiones económicas para ocasionar desprestigio y pérdida de sustentación política del régimen correspondiente. Y en no pocos, la "desestabilización económica" ha sido prevista como un paso intermedio hacia acciones de fuerza para el remplazo violento del gobierno, principalmente mediante la articulación de intereses opositores internos y de fuera.

Según sus propósitos y las condiciones concretas de cada caso, las acciones desestabilizadoras apelan a distintos instrumentos y asumen diversa intensidad. La fragilidad económica característica del subdesarrollo, la dependencia externa en su sentido más amplio, la sensibilidad de las conductas económicas, y particularmente las financieras, a "mensajes" de temor e incertidumbre, los compromisos del endeudamiento externo acumulado, se constituyen en otras tantas bases de referencia para articular los programas correspondientes.

No es difícil identificar su presencia en la larga y desafor-

tunada lista de experiencias latinoamericanas: la agresión y el boicót contra Cuba, sostenido largamente; las acciones económicas que contribuyeron a la caída del gobierno de Goulart en Brasil, en 1964; las diversas formas de obstrucción económica al proyecto peruano de la fase "velasquista"; el programa sistemático de medidas de desestabilización económica que se puso en práctica contra el gobierno popular del presidente Allende, en Chile; las aplicadas contra el gobierno de Juan José Torres en Bolivia, en 1971; las que se emprendieron contra el gobierno argentino entre 1973 y 1976; las de "desestabilización financiera" que se desataron en contra de México en el mismo año; las medidas "disuasivas" aplicadas contra el gobierno de Torrijos en Panamá; el programa articulado de desestabilización económica que contribuyó a la derrota electoral del gobierno de Manley en Jamaica; y en estos mismos días, los perceptibles signos de obstrucción económica dirigida contra el gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua.

Involucra riesgos permanentes y muy serios la aceptación pasiva, que supone un reconocimiento implícito de legitimidad, de acciones de esa naturaleza. De ahí la importancia de constituir las en tema prioritario de nuestras preocupaciones científicas, de nuestro quehacer académico y profesional, que suministre una base responsable de antecedentes, análisis y reflexiones para la reclamación y la denuncia, para exigir que se las reconozca como causal de condena, como delito internacional. Hay que terminar, al menos, con la impunidad aunque por ahora la sentencia no pueda tener más que un valor moral.

Es claro que en la identificación de temas como los sugeridos podría suponerse una intencionalidad sesgada, una valoración preferente de aquellas áreas que se aproximan más a la preocupación política que a la económica en su sentido más estricto.

Es así. Y no podría ser de otro modo, puesto que la motivación central de estas consideraciones tiene el propósito de incitar a hacernos cargo del desafío que se nos pone ante nuestros ojos. Tenemos que encararlo en la misma dimensión que le dan nuestros agresores. Porque no podríamos dejar de concordar con una, al menos con una, afirmación de Milton Friedman en la presentación de su ideología: aquella en que sostiene que "se piensa que la política y la economía están separadas y desconectadas; que la libertad individual es un problema político y el bienestar material un problema económico; y que cualquier tipo de organización política puede combinarse con cualquier clase de organización económica. . . esa opinión es un error, hay una íntima conexión entre la economía y la política, solamente son posibles ciertas combinaciones de organizaciones política y económica."

Argumentación impecable. Sólo que de hecho su autor viene sirviendo, en América Latina, a los proyectos políticos que más profundamente atentan contra la libertad, como requisito para la imposición de políticas económicas que más golpean a las grandes masas de trabajadores. Mientras que, para nosotros, se trata de luchar exactamente por lo opuesto, respecto de una y otra cosa, reconociendo también esa relación indisoluble entre lo económico y lo político que se invoca en la prédica de la "escuela de Chicago". □